Bosquejos de los mensajes
para el entrenamiento de tiempo completo
del semestre de primavera del 2006

TEMA GENERAL: CONOCER Y EXPERIMENTAR LA CONSTITUCIÓN INTRÍNSECA DEL EDIFICIO DE DIOS

Mensaje tres

Cristo como la simiente de vida, la simiente de David, es sembrado en nuestro ser a fin de crecer en nosotros con miras al edificio de Dios

Lectura bíblica: 2 S. 7:12-14a; Mr. 4:11-20, 26-27; 1 Co. 3:9; 2 Co. 3:6

I. El elemento intrínseco de toda la enseñanza de la economía eterna de Dios es que el Dios Triuno en la humanidad, el Cristo maravilloso como el Espíritu del Jesús glorificado, la simiente de vida, la simiente de David, ha sido sembrado en los elegidos de Dios a fin de crecer en ellos, vivir en ellos, desarrollarse en ellos y ser expresado desde el interior de quienes son la labranza de Dios, a fin de que iglesia sea edificada como casa de Dios y reino de Dios—2 S. 7:12-14a; Mt. 16:18; Mr. 4:11-20, 26-27; 1 Co. 3:9; cfr. Lv. 19:19; Dt. 22:9:

A. El elemento intrínseco del nuevo pacto es el propio Dios Triuno en la humanidad, el Dios-hombre glorificado quien, como el Espíritu vivificante, la simiente de vida, es ministrado al interior de los que Dios escogió y redimió—Mr. 4:3; Hch. 6:4; 2 Co. 3:6; Ap. 14:4.

B. Mediante la encarnación de Cristo, Su humanidad se convirtió en un cascarón que escondía el fuego de Su vida divina así como la gloria de Su divinidad—Jn. 12:23-24, 31-32.

C. Su muerte física liberó el fuego de Su vida divina para que éste llegase a ser, en resurrección, el impulso de la vida espiritual de los creyentes; ahora el Dios Triuno que resucita mora en los creyentes como el Espíritu siete veces intensificado para ser su fuego divino y místico, el cual los purifica, los abastece y es su combustible interno a fin de que la economía de Dios sea llevada a cabo en ellos con miras a que Cristo se propague como la simiente de vida—Lc. 12:49-50; Ap. 4:5; 5:6; Éx. 3:2, 14-15; Zac. 3:9; 4:10; 2 Cr. 16:9a; cfr. Gn. 17:1.

II. El Cristo maravilloso es la simiente de David a fin de que Dios mismo sea impartido a los creyentes de Cristo para el cumplimiento de Su economía:

A. Como la simiente de David, el retoño de David, Cristo representa la extensión de Jehová como rama, el Renuevo de Jehová, un nuevo desarrollo de Jehová Dios mediante el cual el Dios Triuno se extiende como rama y en Su divinidad brota al interior de la humanidad; tal extensión de Jehová como rama que brota está estrechamente relacionada con el Espíritu—Is. 4:2; 11:1-2; Gá. 5:25; 6:17-18; Fil. 1:19-21a; Ef. 4:1-4.

B. El Cristo resucitado como Espíritu vivificante es las misericordias fieles de Dios, de las cuales Cristo es el centro y la realidad; estas misericordias le fueron manifestadas a David mediante su descendiente —María, la madre de Cristo (Mt.

1:16)— con miras a la impartición de Dios mismo a todos los creyentes de Cristo, impartición ocurrida en la resurrección de Cristo—Hch. 13:32-35; Is. 55:3-4.

C. Las misericordias fieles manifestadas a David son Cristo como el Espíritu vivificante que llega a ser nuestra bebida espiritual, nuestro alimento espiritual, nuestra lluvia espiritual y nuestra nieve espiritual, de tal modo que podamos ser aquellos que le beben, le comen y le siembran—vs. 1-13.

D. La condición maligna en la que los malvados se encuentran consiste en que ellos no acuden al Señor para comerle y disfrutarle; ellos hacen muchas cosas, pero no tienen contacto con el Señor a fin de tomarle, recibirle, gustar de Él y disfrutarle; a los ojos de Dios, nada es más maligno que esto—v. 7; 57:20.

E. El Cristo resucitado, como la simiente de David, es el Príncipe, el Rey, en Su humanidad, a fin de que nosotros seamos partícipes de Su reinado y reinemos en la vida divina con miras a la administración divina al recibir la abundancia de la gracia y del don de la justicia—2 S. 7:12-14a; Hch. 5:30-31; Ap. 17:14; Ro. 5:17.

III. A fin de que la simiente de vida crezca en nuestro ser es necesario que nos consagremos a Él de manera fresca y actualizada diariamente, esto es, que consagremos nuestro espíritu humano, nuestro corazón humano y nuestro cuerpo mortal a Dios, a fin de que la divina simiente de vida pueda crecer en nosotros valiéndose del pleno suministro de todos los nutrientes humanos de nuestro ser para que Cristo sea magnificado en nuestro cuerpo mortal y nosotros seamos engullidos completamente por la vida divina con miras a la edificación del Cuerpo de Cristo—Mt. 5:3, 8; Pr. 4:23; 20:9; 22:11; Fil. 1:20; Col. 2:19:

A. Es imprescindible que dediquemos el debido tiempo a absorber a Dios de tal modo que crezcamos con el crecimiento de Dios para la edificación de la iglesia como casa de Dios y reino de Dios—v. 19; Is. 50:4-5; Mr. 1:35; cfr. Lc. 8:13.

B. Los que sirven al Señor tienen que comprender que dicho servicio debe tener su origen en Dios mismo:

1. "Todo aquel que no pueda dejar de trabajar por el bien de Dios, no podrá trabajar por el bien de Dios"—M. E. Barber.
2. Aunque David tuvo ocasión de edificar el templo de Dios, percibió la necesidad de que fuese edificado y tenía la capacidad de hacerlo, él se detuvo en cuanto vino a él la palabra de Dios—2 S. 7:18, 25, 27; cfr. Lc. 1:38.
3. Al detenerse, David estableció con ello un testimonio doble en el universo: en primer lugar, testificó que toda obra en este universo debe proceder de Dios, no del hombre; y en segundo lugar, dejó establecido que lo único que verdaderamente importa es lo que Dios hace por el hombre, no lo que el hombre hace para Dios—Ro. 11:36; cfr. Nm. 18:1.
4. Tanto el que edifica el templo como el lugar donde el templo es edificado, ambos proceden del hecho de que David fue perdonado de sus pecados, es decir, proceden de lo que Dios hizo por David—2 S. 12:24-25; 24:1-10, 18-25; 1 Cr. 21:18; 2 Cr. 3:1; Sal. 51.
5. Tenemos que dejar que Dios nos hable, nos ordene, y después debemos cooperar con Él pues le tememos y le amamos—Éx. 21:1-6; Sal. 86:11; 1 Co. 2:9.

C. Tenemos que ser fortalecidos en nuestro espíritu a fin de adorar a Dios en nuestro espíritu y con nuestro espíritu, así como adorarle con Cristo como nuestra veracidad, a fin de que Cristo haga Su hogar en nuestros corazones—Ef. 3:16-19; Jn. 4:23-24.

D. Es necesario que nuestro corazón sea afirmado irreprensible en santidad; para ello, tenemos que pedirle al Señor que conduzca nuestro corazón al amor de Dios y a la perseverancia de Cristo y tenemos que tomar las medidas correspondientes con respecto a nuestro corazón a fin de que éste sea la buena tierra en la que Cristo pueda crecer sin impedimento—1 Ts. 3:13; 2 Ts. 3:5; Mt. 13:8.

E. Tenemos que perdonar a otros de corazón en virtud del Cristo que mora en nosotros como nuestra vida, una vida que perdona, con lo cual permitimos que Cristo reine en nuestro ser con miras a la realidad del reino, y, además, tenemos que perdonar a otros de corazón en virtud del Cristo que mora en nosotros como nuestra paz, paz que actúa como árbitro en nuestro corazón, con lo cual permitimos que Cristo presida en nuestro ser con miras al nuevo hombre; es indispensable que liberemos a los demás al perdonarlos, de tal modo que nosotros también podamos ser liberados al ser perdonados por Dios, con lo cual la simiente de Dios tendrá plena libertad para crecer en nosotros—6:15; 18:35; Col. 3:12-15; Lc. 6:37.

F. Tenemos que dar nuestras posesiones materiales en secreto para la siembra y propagación de la simiente de vida, dando nuestro suministro material a la iglesia de Dios, a los santos de Dios que padecen necesidad, a los que sirven a Dios a tiempo completo, y a los pobres; hacemos esto en el amor de Dios y con la benignidad que es propia de Dios mismo, por causa del evangelio de Dios—v. 38; 1 Co. 16:1-2; Mt. 6:1-4, 19-21; 19:21; Hch. 11:29; Ro. 15:26; Fil. 4:16-17.

G. Tenemos que sembrar la simiente de vida como palabra de Dios al predicar el evangelio del reino de Dios en toda la tierra habitada, tanto a los incrédulos para que ellos se conviertan a Cristo como a los creyentes para que ellos crezcan en Cristo; esto es sembrar la simiente de vida, plantarla y regarla al anunciar las inescrutables riquezas de Cristo como el evangelio y al profetizar para la edificación de la iglesia como casa de Dios y reino de Dios—Mt. 24:14; Ro. 1:1; Ef. 3:8; 1 Co. 3:6; 14:4b, 31.

© 2006 Living Stream Ministry